

DANIEL GUINEA-MARTÍN (Coord.): *Trucos del oficio de investigador. Casos prácticos de investigación social*; Gedisa, Barcelona, 2012, 288 págs.

El libro trae consigo una propuesta clara y bien precisa, acercarnos una justa combinación de experiencias prácticas y recomendaciones útiles que pocos de nosotros podemos darnos el lujo de desaprovechar cuando se trata de investigar en ciencias sociales. A pesar de formar parte de un tema que no conseguimos esquivar dentro del actual mundo académico, no resulta difícil reconocer lo poco que sabemos de las distintas prácticas de investigación que tanto nosotros como nuestros colegas ponemos en uso cuando llevamos a cabo nuestro trabajo. En este sentido, debería al menos resultarnos curioso que no sepamos qué es lo que sucede, cómo llegan los investigadores a donde llegan, qué dificultades deben sortear y cómo hacen para superarlas, si es que, efectivamente, logran hacerlo.

Esto no quita que tengamos suerte y que en algún que otro libro o artículo llegue a colarse alguna anécdota que nos permita reconstruir mínimamente la experiencia del autor y su investigación. Pero también es cierto que esto forma parte más de notas marginales dentro del común de las publicaciones que de algo que podamos llegar a considerar como una costumbre sanamente extendida en la vida universitaria. De esta manera, asumiendo la realidad y cotidianidad de este paisaje académico es que el libro no nos hace esperar. Es en la introducción de este libro donde su coordinador, Daniel Guinea-Martín, nos muestra que su paso por universidades europeas y norteamericanas se ha entrecruzado con su itinerante experiencia como albañil, traductor y pizzero. Además de descontracturar desde un inicio nuestra relación con el libro, también nos enseña un pequeño gesto que humaniza la figura del académico y, por supuesto, su trabajo como investigador.

En cierta medida, de esto trata todo el texto, ni más ni menos. De entender que por más años que carguemos con nosotros, por más reconocimiento que tengamos como investigadores, zapateros, médicos o músicos, siempre hay algo que se nos escapa, siempre hay algo sobre lo que no podemos tener un control total o, al menos, el que deseamos. Y el texto vale la pena precisamente por ello, porque insiste en que esto poco tiene que ver con cuantos libros sobre metodología hayamos leído o que tan bien dominemos las técnicas de investigación. Por más difícil que sea reconocerlo, ni los años ni la experiencia nos eximen de seguir cometiendo errores, de no saber muchas veces qué hacer ni

cómo desenredar el meollo en el que nos hemos metido ni sortear algunas de las dificultades con las que nos topamos. En este sentido, el libro aporta lo suyo, que no es poco.

Este volumen nos llega en tres partes, diez capítulos y doce autores con estrecha vinculación al mundo académico español y de investigación social internacional. La primera sección nos invita a prestar atención a esas pequeñas tareas que solemos pasar por alto, que tendemos a dar por sobreentendidas pero que entre otras cosas llegan a definir «la caja de herramientas básica» al momento de plantear un problema de investigación. Son estos primeros capítulos los que aportan la mayor carga conceptual del libro, centrando la mirada principalmente en la relación que tanto el estudiante recién iniciado como el investigador reconocido van entablando con los distintos textos vinculados a su tema de estudio.

¿Qué descubrimos en el acto de escribir? ¿Para qué leemos? ¿Por qué podemos leer y escribir de distintas maneras? Estas son preguntas simples que muchas veces descartamos por insignificantes o tontas, y aunque la respuesta a cada una de ellas sea sencilla y bastante directa, no siempre llegamos a comprender qué implican o cómo afectan la forma en que diseñamos un proyecto de investigación. Es justamente a partir de capítulos como el de González de Oleaga que no tardamos en reconocer que es en la forma en que escribimos y leemos donde negociamos gran parte de la suerte de nuestro trabajo. En este sentido, este primer capítulo bien podría funcionar como otra introducción de este libro, donde cada una de sus páginas alcanzan a cubrir gran parte del ejercicio de investigación, sea cual sea nuestro tema de interés, las herramientas conceptuales que utilicemos o el enfoque que finalmente decidamos tomar.

Como dice la autora, se lee para escribir y se escribe para ser leído, dando inicio a un baile de espejos donde el investigador empieza a señalar qué puede buscar cada lector en sus textos y qué debería ser capaz de reconocer en cada una de sus páginas. De esta manera, escribir es más que apoyar un bolígrafo sobre el papel o sentarse frente al ordenador, como también leer no es simplemente recorrer como testigos alertas lo que una u otra persona pensó sobre un fenómeno, hizo o dejó de hacer como parte de una investigación. Aquí ya puedo adelantarles una de esas líneas que deberían acompañarnos durante todo el libro: «escribo porque quiero saber cómo es eso que estoy pensando y que no lograré saber si no lo escribo. Se piensa porque se escribe» (Sarlo en González de Oleaga, p. 51).

Por esta razón, ni escribir ni leer pueden quedar encerrados dentro de etapas fijas de un proceso de investigación. Los riesgos para nuestro trabajo no quedan resueltos ni dejan de ser considerables, pero más son las limitaciones innecesarias que solemos arrastrar y que fácilmente ahogan nuestra capacidad de decir y encontrar algo realmente significativo y novedoso en cada nuevo texto. A partir de aquí es que podemos entender que detenernos en la escritura y la lectura no nos invita a dejar de lado todo el cuerpo analítico o a dejar de preocu-

parnos por el supuesto argumento central de cualquier publicación académica, su verosimilitud y coherencia. Solamente implica que existen distintas formas de hacer las cosas, de leer y escribir un texto, y donde el modo en que decidamos hacerlo forma también parte del contenido, de aquello que queremos decir, de las concesiones que realizamos y del tipo de lector que tenemos en mente para nuestro trabajo.

Metiéndonos de lleno en el lugar de ese investigador que persiste en la definición de su problema y en la búsqueda de su pregunta, el siguiente capítulo se inclina casi en su totalidad a la lectura e interpretación de eso que comúnmente denominamos textos clásicos. La motivación que guía en este caso a Rodríguez Martínez es la poder trabajar estas obras al mismo tiempo en que vamos diseccionando y rearmando el mapa de conceptos que forma parte de nuestra investigación. En esta línea, el autor nos presenta la interpretación como una forma de diálogo entre la bibliografía y una pregunta de investigación que en un inicio lejos está de mostrar su mejor forma a los ojos de quien la mira. Nos topamos así frente a un proceso donde la ansiada pregunta es el resultado final al que se aspira a llegar, pero que al mismo tiempo también funciona como la vara y guía que estructura la interpretación de todas nuestras lecturas. Por esta razón, el investigador debe esforzarse por sistematizar los textos, esta es su principal herramienta con la cual perseguir su pregunta y poder además reconocer las partes y conceptos básicos que la hacen pertinente y atractiva. Si bien Rodríguez Martínez nos ofrece su perspectiva centrándose en autores como Weber y Durkheim y sus obras más conocidas, queda en nosotros la posibilidad de relajar lo suficiente su propuesta de lectura y acercarla a investigaciones empíricas o con un contexto de referencia todavía más amplio.

Llegamos entonces al capítulo tres donde el lector se encuentra con unas páginas que transmiten orden y nos permiten reconstruir un panorama general de la literatura especializada. El eje principal continúa siendo la definición de un proyecto de investigación, de poder estar en condiciones de fijar qué se quiere estudiar, cómo vamos a hacerlo y dónde podemos dar finalmente con la bibliografía pertinente para cada caso. De esta manera, Jurado nos alerta sobre la inmensidad de recursos en internet y nos menciona algunos diccionarios temáticos, sin dejar de lado ciertas particularidades del mundo editorial español o cómo evaluar la calidad de sus publicaciones. En resumidas cuentas, el capítulo recupera un esquema simple y claro que no está de más tener siempre en cuenta para orientarnos en el marco general del tema que concentra nuestro interés, mejorando así las posibilidades de construir un cuerpo conceptual y un estado de la cuestión que estén a la altura de una buena investigación.

Si bien sus recomendaciones son válidas para un amplio número de proyectos, la autora tiene en mente un tipo de trabajo empírico que se encuentra en estrecha relación con los estudios de corte cuantitativo que luego se harán presente en la segunda parte de este libro. De esta manera, mientras que este capítulo puede leerse como una buena antesala de lo que nos encontraremos

luego, también podríamos asumir sin demasiadas dificultades que el texto de Rodríguez Martínez hace lo suyo con respecto a los estudios más cercanos a una perspectiva cualitativa. Este quiebre tan tradicional (y al parecer todavía dominante) entre lo cualitativo y lo cuantitativo es lo que le permite al coordinador organizar las distintas contribuciones en las dos secciones restantes del libro, lo que por supuesto no quita que cada uno vaya pasando su propio cepillo y recolectando aquello que encuentre más interesante en los distintos rincones de este libro.

Pasando entonces de página, es en la parte central del volumen donde tomamos contacto con aquellos ejemplos e investigaciones concretas que responden en forma clara y metódica a la propuesta general de toda la obra. Es en esta la segunda sección donde los capítulos se meten de lleno en proyectos de investigación donde la dimensión cuantitativa de los datos y su análisis son la regla. En un primer momento, Salazar presenta su estudio sobre la inversión pública en educación y en qué situaciones y niveles pueden estas funcionar como políticas redistributivas efectivas. A su intervención le siguen dos aportes, el primero de Cebolla Boado centrado en la comparación entre el rendimiento escolar de alumnos inmigrantes con respecto a los españoles, mientras que ya en el capítulo siete Miyar nos cuenta su experiencia con un registro público como es el «Padrón Municipal Continuo».

El guión presente en cada uno de estos segmentos es el de la relación del investigador con los datos a partir de los cuales construye su trabajo, pone en juego variables, define hipótesis y las contrasta. Es en esta segunda parte donde el lector acompaña a cada uno de los autores en sus propios proyectos, lo que nos permite ir reconociendo qué fuentes son más fiables, cuáles son los registros más completos y qué precauciones debemos tener en nuestras propias indagaciones empíricas. Esta actitud crítica hacia la información y dónde podemos encontrarla debe entenderse también en relación con lo que el libro denuncia como un «subdesarrollo estadístico» en España, lo que supone que muchos investigadores deban arremangarse y estar dispuestos a construir ellos mismos sus propios indicadores.

Es por esto que uno de los aportes centrales de esta sección es que describe algunas de las bases de datos más interesantes que tenemos a nuestra disposición y nos enseñan tanto cuáles son sus usos potenciales como en qué periodos de tiempo presentan datos menos fiables. El estudio promovido por la Asociación Internacional para la Evaluación del Rendimiento Educativo (IEA) o los indicadores de ingreso contruidos por el Banco Mundial son algunos de ellos, pero estos capítulos enumeran y ponen a nuestra disposición muchos más. Todos estos detalles no solo son útiles para identificar registros estadísticos y su ubicación, sino que también merecen ser tomados en cuenta al momento de plantear hipótesis, de saber con qué información podemos contar y sobre qué tipo de datos estamos basando nuestras conclusiones. Aquí es importante no olvidar que el marco de referencia predominante es el español y que el libro se

mueve dentro del terreno de la sociología contemporánea; sin embargo, esto no es motivo suficiente para que esta sección no pueda ser sugerente para muchos otros investigadores, incluso para quienes no se encuentran demasiado familiarizados con las técnicas más cuantitativas dentro de las ciencias sociales.

Tomando esto en consideración, el siguiente capítulo funciona como una suerte de bisagra que nos permite sumar el enfoque cualitativo a estas recomendaciones generales y distinciones metodológicas expuestas hasta el momento. De autoría colectiva y firmado por González, Rodríguez y Castromil, este capítulo ocho se centra en la capacidad de los medios de comunicación de definir los parámetros y categorías que los ciudadanos ponen en uso cuando se trata de evaluar a los partidos y emitir su voto. Aquí las dificultades no se hacen esperar, ya que además de poder identificar qué es lo que los medios dicen y cómo lo hacen, los autores tienen que definir cuáles son las mejores técnicas para contrastar hipótesis y realizar generalizaciones a partir de la interacción entre unas personas cuyas actitudes se espera poder medir y comparar.

Dándonos un respiro definitivo de la estadística y sus números, el acento puesto en la escritura y la lectura se deja caer nuevamente hacia el final del libro con el capítulo firmado por Emmanuel Lizcano. Su texto nos invita simplemente a prestar atención a las palabras, a estar atentos a sus usos y a mantener una buena dosis de desconfianza sobre los distintos contextos en los que suelen aparecer. Bajo esta advertencia es que el autor se mete de lleno en la actual crisis económica, tratando de identificar las distintas imágenes que los expertos construyen sobre la misma y a partir de las cuales la sociedad debe entender sus causas y posibles soluciones. Es así como Lizcano nos introduce en el mundo de la metáfora, de cómo hablamos del mundo y de cómo cada palabra lejos está de ser inocente, de abstenerse de ser protagonista en la forma que entendemos las cosas que nos pasan y la realidad de la que formamos parte. La particularidad en el ámbito económico, nos dice el autor, reside en que las decisiones técnicas asociadas a la crisis están sustentadas en un lenguaje metafórico que escapa rápidamente de una función informativa. La dosis de ironía en este caso reside en que es justamente este vocabulario que todos reconocemos como simbólico el que legitima un conjunto de decisiones técnicas poco sostenibles desde el razonamiento instrumental que la ciencia parece exigir. Muy por lo contrario, las figuras retóricas utilizadas en el discurso de los expertos apelan a emociones que promuevan en la población la aceptación de unas medidas concretas, las cuales llegan a presentarse tan inevitables como imprescindibles.

De esta manera, estas páginas combinan un número interesante de ejemplos obtenidos de la prensa y algunas clasificaciones por demás útiles que nos acercan a cómo las metáforas alientan asociaciones entre la población y la forma en que perciben la crisis económica y sus consecuencias. Si bien podríamos darle una vuelta de tuerca más al argumento de Lizcano e insistir en que el lenguaje es en sí mismo metafórico, su capítulo resulta ser tanto una

buena introducción para aquellos a los que el mundo de las palabras todavía no se muestra tan sospechoso como también para el resto de nosotros, a quienes no nos viene mal recordar que estas importan y que raras veces vienen poco acompañadas.

Son estos últimos capítulos los que recuperan una idea que ya entra con fuerza desde el texto de González de Oleaga: aquello que decimos y queremos transmitir está atravesado por los modos en que tenemos a nuestra disposición y la forma en que en definitiva optamos por hacerlo. Lo que no podemos dejar de lado aquí es que también podemos acercarnos de la misma manera a las distintas especificaciones técnicas presentes en la parte más cuantitativa del volumen. No puedo evitar que todo esto me recuerde a mis primeros años en la universidad cuando, desde una fuerte herencia positivista, repasábamos el avance de la ciencia separando el «contexto de descubrimiento» del «contexto de verificación». En resumidas cuentas, no importa cómo usted llegó a donde llegó, si lo hizo en un sueño o caminando por el parque, eso a nadie le interesa. Lo que realmente importa es aquello que llegó usted a descubrir y cómo puede probarlo en este momento. Bueno, si en algo insiste justamente este libro es que en el «cómo» hay mucho que aprender y comunicar, que saber qué hizo y dejó de hacer cada uno en su trabajo como investigador es algo que bien vale la pena reconocer y socializar.

Este parece ser el sentido que el libro nos propone para que leamos cada capítulo, donde cada uno de ellos no sólo están acompañados por consejos prácticos de sus autores en base a sus experiencias y su propia formación académica, sino que también aportan un importante conjunto de ejemplos y referencias puntuales de las que nos podemos servir para llevar a cabo nuestras investigaciones. Esto incluye por supuesto la bibliografía, pero en este caso resulta aún más interesante tomar nota de las páginas webs que se citan y dónde podemos encontrar desde motores de búsqueda de artículos a consejos útiles y modelos no tan explotados de escritura. Mientras que algunos capítulos dejan entrever algunos pormenores del mundo académico español, también llegamos a encontrarnos con historias vinculadas a algún que otro exitoso investigador extranjero que todavía tiene que lidiar con dificultades muy similares a las nuestras. Todas estas particularidades son las que nos permiten desprendernos de algunos mitos o prácticas que están muy difundidas y casi naturalizadas, pudiendo al mismo tiempo encontrar algunas pequeñas listas confeccionadas por los propios autores que funcionan como itinerarios tentativos que pueden ayudarnos a organizar y mejorar nuestro trabajo.

Son estos los aportes que marcan el tono distintivo de este libro, donde es justamente su coordinador, Daniel Guinea-Martín, quien suma a la introducción general del volumen dos capítulos que muchos investigadores sabrán aprovechar a su manera. En el primero de ellos, asume la posición de un solicitante a una beca de investigación dentro de un programa estatal de fomento de la acti-

vidad científica. Aquí es donde Guinea-Martín nos cuenta su propia experiencia, anticipando cómo él cree que solemos proceder en estos casos y qué pautas suelen seguir quienes evalúan los proyectos y deciden, finalmente, conceder o no la correspondiente financiación. El sociólogo no escatima en detalles y pone las cosas en palabras y números: desde cuánto tiempo y espacio dedicar a cada apartado de la solicitud a cómo hacer inteligible a la vez que atractivo un título. En todo este recorrido también nos enseña algunas líneas que nos permitan comprender mejor los encabezados de la memoria técnica que debemos presentar, así como también recomendarnos dónde insistir con nuestros argumentos, dónde ser originales y dónde apelar a las convenciones.

Tampoco se le escapa cómo entiende que un buen equipo de investigación tiene que estar conformado, detalle que corrobora Gómez-Redondo, quien como coautora del capítulo y miembro de comités de evaluación nos enseña el otro lado del proceso de selección y adjudicación de ayudas. Aquí nos encontramos con que los evaluadores buscan en los proyectos y sus integrantes una buena combinación entre continuidad, utilidad, actualidad e innovación. Más allá de darnos información que nunca viene mal tener en mente como cuáles son las etapas del proceso, Gómez-Redondo también nos abre las puertas a cuál es la política general que el Estado español ha tenido en los últimos años en relación a la investigación en ciencias sociales. Información de este tipo lejos está de poder ser menospreciada por quienes siempre estamos a la búsqueda de financiación, especialmente cuando nos llega de primera mano.

Pero su compromiso con la necesidad de socializar las técnicas y dificultades que abundan en las ciencias sociales encuentra un nuevo ejemplo en el capítulo final de este libro. Aquí Guinea-Martín nos convida algo de su propia investigación sobre la relación entre voluntarios y pobres en una ciudad italiana, la única investigación citada en todo el libro donde se dan algunos indicios asociados a la observación participante o los métodos etnográficos. Si bien el capítulo sobre medios de comunicación toca suavemente el tema, echo en falta algunas páginas donde el trabajo de algún investigador con otras personas y/o culturas siga la línea de este libro y permitan al lector descubrir distintos trucos y experiencias. Creo que una publicación como la que aquí se propone tendría mucho que decir al respecto, especialmente cuando se trata de técnicas cada vez más extendidas, que no se limitan en lo absoluto a una única disciplina y que despiertan muchos desafíos para la práctica de cualquier investigador.

Regresemos ahora a lo que nos queda de este libro. Nuevamente en solitario, Guinea-Martín lleva a cabo un ejercicio de honestidad y desnudez intelectual que toma como punto de partida el tajante rechazo que sufrió uno de sus artículos por parte de una revista científica de renombre internacional. Dejando lugar a los enojos, duelos y decepciones inevitables que el propio autor confiesa, él mismo decide hacer algo productivo con su maltrecho artículo desgranando cada una de las recomendaciones que tres revisores anónimos realizaron

sobre su trabajo. Lo valioso de todo esto, claro está, es que se dispone a compartir todo el proceso con nosotros sin escatimar en detalles, pero centrándose en los aspectos que él considera claves para lograr que nuestro trabajo tenga buenas posibilidades de ser publicado. Lo interesante aquí es que nada de esto era realmente necesario. Es decir, Guinea-Martín podría haber transmitido los mismos consejos no solo tomando otra investigación como ejemplo, sino también esquivando la primera persona, adjudicando su experiencia a algún otro colega sin nombre o evadiendo poner sobre papel sus propias flaquezas, las mismas que de una u otra forma todos arrastramos en nuestra práctica profesional. Pero también es cierto que de eso se trata todo el libro, de lograr reconocer y poder comunicar esas prácticas que nos permiten transmitir aquello que creemos que vale la pena decir sobre un aspecto puntual de la realidad social en la que nos toca vivir.

Aquí es donde tengo que adelantarme y evitar decepciones venideras. En ningún momento el libro nos revela el secreto que muchos de nosotros podemos llegar a estar esperando. En ninguna página o apartado nos topamos con esa lista o procedimiento definitivo que garantiza el éxito de una investigación, que consigue sacarnos de apuros y nos evita perder tiempo o pasar malos ratos en nuestro trabajo de campo o frente al ordenador. Si algo nos deja el libro es justamente que no existe tal secreto ni una fórmula infalible, que esto de investigar en ciencias sociales es una cuestión de planificar, pero también de ir arreglándoselas como podamos. Es precisamente por esto que en los distintos capítulos cada uno de los actores intenta recuperar anécdotas, presentar propuestas prácticas y pequeños ejercicios que estén a nuestro alcance y que nos sean útiles a la hora de llevar a cabo nuestras investigaciones.

En un mundo de las disciplinas sociales donde la idea de lo «científico» nunca deja de barrer hacia fuera lo más folklórico y artesanal de nuestro quehacer como investigadores, puede que el principal mérito de este libro sea justamente el de reivindicar el fuerte carácter intuitivo en nuestro trabajo. Un trabajo donde hay mucho de buscarle uno mismo la vuelta a las cosas, de probar y equivocarse, de darse una y otra vez contra la pared y muchas veces no saber desde dónde volver a arrancar. Quizá no sea una mala idea empezar justamente por aquí, por animarnos a socializar y poner en común nuestros pasos en falso así como también esas pequeñas manías y particularidades que tan bien nos funcionan y que tenemos pocas razones sensatas para no compartir con el resto. A lo mejor, de esto se trata esa noción algo desgastada de «acumular conocimiento», de dejar que las distintas experiencias de trabajo empiecen a asomarse, de que tanto los aciertos como los desencuentros comiencen a apilarse y encuentren un buen sitio en cada una de nuestras publicaciones y conversaciones de pasillo.

*Emiliano Abad García*

Universidad Autónoma de Madrid